

EVANGELIZAR LA RELIGIOSIDAD POPULAR

SECUNDINO MOVILLA LÓPEZ*

El interés por la religiosidad popular siempre ha estado presente en las preocupaciones pastorales de la Iglesia. Lo ha estado en la base, que es donde esas expresiones de piedad que vive el pueblo se manifiestan, por así decirlo, más a flor de piel; y lo ha estado también en las instancias del magisterio jerárquico. Esto último se echa de ver, por ejemplo, en los documentos que el episcopado latinoamericano ha dado a conocer en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, en los que se declara un verdadero aprecio hacia esa religiosidad que vive la gente sencilla. Y se echa de ver incluso en el momento en que escribo estas líneas, en la solicitud de la Pontificia Comisión para América Latina por reflexionar en su reunión plenaria del mes de abril de 2011 sobre la “incidencia de la piedad popular en el proceso de evangelización de América Latina”, y en la alocución que ha dirigido a los participantes en ella el papa Benedicto XVI recomendándoles que es preciso «proteger, promover y, en lo que fuera necesario, purificar esa piedad popular, pues ella constituye un precioso tesoro que caracteriza la vivencia de fe de los pueblos latinoamericanos».

El motivo de considerar favorablemente esas muestras de religiosidad de la gente humilde y sencilla no obedece principalmente a reivindicaciones de tipo antropológico, étnico o cultural, aunque hay quien pien-

* Secundino Movilla López es doctor en Teología Práctica, licenciado en Teología y Maître en catequética.

sa que existen razones para ello. La verdadera razón pastoral que lleva a valorar positivamente esa piedad popular es que ella tiene que ver con la fe, «es expresión de la fe católica, es un catolicismo popular» (DP 444). Conviene por tanto tener un conocimiento adecuado y una visión realista de lo que esa religiosidad practicada por el pueblo sencillo es y representa, de cuáles suelen ser sus manifestaciones, de los aspectos positivos y de las posibles desviaciones que a veces conlleva.

1. LA RELIGIOSIDAD POPULAR: VARIEDAD DE EXPRESIONES, ASPECTOS VALIOSOS Y DEFORMACIONES POSIBLES

Una primera consideración de la religiosidad popular es la que lleva a verla como la religión que viven “los pobres y sencillos” y con la que el pueblo expresa la «búsqueda de Dios y de la fe» (EN 48). Ella viene a ser como la «sabiduría cristiana», la «matriz cultural de un pueblo» (SD 36), en la que «aparece el alma de los pueblos latinoamericanos» (DA 258). De ella se dice también que es un «humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona las razones para la alegría y el humor, aun en medio de una vida muy dura» (DP 448). En suma, la religiosidad popular representa una síntesis de la fe cristiana y de la cultura de los pueblos.

Más en detalle, se entiende por religiosidad popular «el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan» (DP 444). Y también «el conjunto de sentimientos que poseen los medios populares de relacionarse con Dios y de pertenecer a la Iglesia católica, expresados mediante gestos religiosos de tipo sacral y formas populares institucionalizadas»¹.

De ahí se sigue que esa forma de religiosidad conlleva siempre una cierta *espiritualidad*, ya que «penetra delicadamente la existencia perso-

¹ FLORISTAN, C., *Teología práctica*, Salamanca 1991, p. 529.

nal de cada fiel» (DA 261), «expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios» y, por ser un encuentro personal con el Señor, «integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico y las necesidades más concretas de las personas» (DA 263). Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos.

Múltiples y variadas son las *manifestaciones* que reviste la piedad popular. Unas son “devocionales” (a Jesucristo, a la Virgen María, a los santos...), otras se polarizan en “objetos medio tenidos por sagrados” (agua bendita, imágenes, estampas, medallas...); no pocas se concentran en el “culto a los difuntos” (velatorios, visitas al cementerio, aniversarios...); también se viven en “ritos estacionales de tipo sacramental” (bautizos, primeras comuniones, bodas, funerales...). Especial relieve adquieren últimamente las “peregrinaciones” en las que las gentes “se reconocen como Pueblo de Dios en camino” y en las que se adivina a «Cristo mismo que se hace peregrino y camina resucitado entre los pobres» (DA 259).

Como *elementos valiosos* de la religiosidad popular destacan, entre otros, la capacidad de “poner en relación con lo Transcendente” o de “expresar la dimensión sagrada de la vida en relación con la realidad absoluta”; la capacidad de «reflejar la sed de Dios» que experimenta la gente sencilla (EN 48); en donde se revela una especie de réplica y de inmunización contra la “secularización”. La piedad y la religión del pueblo sitúa asimismo la fe en el tiempo (fiestas) y en determinados espacios o lugares (santuarios y ermitas); «congrega a multitudes» (DP 449) y desarrolla unos valores que favorecen la humanización de las relaciones sociales y el espíritu de confraternidad (cofradías y hermandades); impulsa la “peregrinación” como símbolo de la existencia humana y cristiana (DP 454), la «conciencia de pecado y la necesidad de expiación» (DP 454), la devoción a los “santos” y muy especialmente a “María”, a quien se tiene por patrona, abogada e intercesora. La religión popular tiene además la virtualidad de “expresar la fe en un lenguaje total” (canto, imágenes, gesto, color, danza) y en las variadas manifestaciones de la cultura (arte, poesía, costumbres). Cuando la religiosidad popular está bien orientada, mediante la pedagogía de evangelización, permite desarrollar y manifestar también otros valores:

«Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción» (EN 48).

Entre las *desviaciones* o *deformaciones* en que ha incurrido, e incurre todavía hoy, la religiosidad popular se señalan algunas de “origen ancestral” –supersticiones, magia, fatalismo, fetichismo, ritualismo, etc.– y otras debidas a una “catequesis pobre y deformada” –arcaísmo estático, reinterpretación sincretista, reduccionismo de la fe a mero contrato en la relación con Dios, etc.– (DP 456). Cuando no ha habido una adecuada formación cristiana, se pierde unas veces el “significado de los ritos cristianos” (o porque no se entienden o porque se los practica por rutina o costumbre) y se cae otras veces en una suerte de “magia” (como si los ritos religiosos operasen por sí mismos). Existe además el peligro de que, sin la debida fe y sentido comunitario, las manifestaciones de religiosidad popular se queden en meras manifestaciones culturales o folklóricas (EN 48), en ceremonias sociales o familiares.

«El catolicismo popular no se identifica, sin más, con la religión, ya que tiene aspectos que no son religiosos; ni con la fe, puesto que tiene dimensiones religiosas poco o nada cristianas. Se halla entre la religiosidad profética y el devocionalismo religioso o entre un cristianismo evangélico exigente y un catolicismo masivo insuficientemente evangelizado o semi-des cristianizado... A veces se manifiesta como un sincretismo entre paganismo y cristianismo, ritualismo mágico y culto cristiano»².

De toda esa amalgama de elementos positivos y a veces negativos está tejida la religiosidad que manifiesta el pueblo sencillo. A ella hay que prestar cuidadosa atención para salvaguardar ese rico tesoro de piedad espontánea que en sí encierra, para procurar orientarla adecuadamente en determinadas circunstancias y sobre todo para tratar de evangelizarla.

² FLORISTÁN, C., *o.c.*, p. 537.

2. EVANGELIZACIÓN DE LA RELIGIOSIDAD

Aun siendo valorada en lo que en sí misma representa, no por ello deja de plantear la religiosidad popular algunos desafíos. El principal de todos es el de procurar que resulte para las personas humildes y sencillas «un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo» (EN 48). En este sentido es en el que se considera que en algunos aspectos tiene que ser evangelizada. Evangelizada unas veces, por así decirlo, desde fuera, mediante la oportuna iluminación y orientación del impulso que la mueve y anima, mediante el discernimiento pastoral de sus expresiones y mediante la purificación de algunas de sus manifestaciones deformadas; y evangelizada otras veces desde dentro, pues como reconocían los obispos latinoamericanos en Puebla, «en cuanto que esa religiosidad contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo» (DP 450). Cabe afirmar, por lo tanto, que la religiosidad popular es “objeto” de evangelización y también “sujeto” de evangelización.

Al hablar de evangelización de la religiosidad popular se está pensando en «una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio» (DP 457). Se está pensando, por tanto, en un saber hacer práctico, en lo que Pablo VI calificaba como «pedagogía de evangelización» (EN 48). A eso se refiere en principio la pedagogía: a un modo de proceder, de acompañar, de interactuar con las personas que favorece y posibilita que éstas vayan descubriendo, desarrollando y alcanzando progresivamente aquello que les identifica y les confiere plenitud.

¿En qué ha de consistir ese acompañamiento pedagógico y evangelizador de la religión del pueblo? ¿Cuáles habrán de ser los pasos que hagan posible esa evangelización de su religiosidad? A modo de indicación o sugerencia, me permito proponer los siguientes:

a) El primer paso ha de consistir en *conocer* cómo es y cómo se expresa esa religiosidad. Conocerla bien y conocerla de cerca, pues difícilmente puede ser valorada y apreciada si no es conocida. Conocerla bien quiere decir penetrar en su complejidad. El hecho de que sea la forma

de religión que vive el pueblo sencillo, no quiere decir que sea en sí misma simple o banal; al contrario, encierra en sí una pluralidad de aspectos y una variedad de matices que es preciso dilucidar. De la expresión religiosa popular se dice que es devocional y festiva, que es también utilitaria y comunal, y que en ocasiones reviste un carácter sincrético y una calidad policéntrica³. De ahí la importancia de «conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Noticia mediante un proceso de reinformación catequética» (DP 457).

Conocerla de cerca se refiere al hecho de experimentarla en vivo y en directo, de dejarse afectar por ella. No es suficiente tener de ella un conocimiento teórico, informativo, de reportajes o de imágenes. Se requiere un conocimiento vital y experiencial, si es que de verdad se quiere influir en ella y autentificarla. Porque para poder evangelizar es preciso dar ese paso de proximidad, de cercanía, de inmediatez. Aquí no sirve la actuación a distancia. Sólo desde esa cercanía será posible acompañar luego con solicitud pastoral esa religiosidad; una actitud, ésa del acompañamiento, que el documento de Santo Domingo recomienda vivamente: «Es necesario acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir y de vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos» (SD 36).

Bajo el impulso de ese acercamiento vital y de la familiaridad que con él se va despertando, es decir, bajo el impulso de ese “amor y cercanía al pueblo” (DP 458), será más fácil hacerse cargo luego de la peculiaridad con que la gente sencilla trata de expresar su fe por la vía de la religiosidad, ya que «la religión es como el hilo a través del cual pasa la electricidad de la fe» (C. Mesters).

Uno de los indicadores con que el pueblo sencillo manifiesta y vive la religiosidad es su inclinación y aprecio hacia los sacramentales, hasta el punto de que hay quien llega a considerar que “los sacramentales son los sacramentos de los pobres”:

³ IRARRAZAVAL, D., «Catolicidad del pueblo», en la obra conjunta *10 palabras clave sobre la Iglesia en América Latina*, Estella (Navarra) 2003, p. 295.

«Los sacramentos no acaban de ser muy comprendidos por el pueblo. Exigen una preparación, a veces también ininteligible para el pueblo y que ellos juzgan innecesaria; los sacramentos les resultan con frecuencia fríos, lejanos, hieráticos, alejados de la vida y de su lenguaje. Los sacramentales, por el contrario, son más comprensibles y más sencillos, son variados, ricos en simbolismos, cercanos, domésticos, manejables, acompañan el ritmo del día y de la vida cotidiana, son sensibles, tangibles, familiares, vitales»⁴.

b) El siguiente paso en la evangelización de la religiosidad popular es el de *discernir* lo que en ella hay de afinidad con el espíritu del Evangelio y lo que a ella se ha ido adhiriendo como consecuencia de influencias más o menos espurias. Con un discernimiento que, si no quiere pecar de arbitrario, habrá de dejarse guiar por criterios de verdadera solvencia cristiana y eclesial, como son, entre otros, el criterio de liberación, el de inculturación y el de ecumenismo⁵.

Para apreciar el talante de “liberación” que la propia religión del pueblo dejar traslucir será bueno fijarse, por ejemplo, en el clima comunitario y festivo que revisten sus fiestas en las que las gentes parece como si se liberaran de sus cargas y de sus miserias. Los pobres suelen compartir su fe siempre con otros y suelen hacerlo con manifestaciones de fiesta y de alegría, de manera que el carácter liberador de su eclesialidad se echa de ver en el modo como saben constituir una comunidad eclesial y festiva. O fijarse también en su disponibilidad servicial para atender a los enfermos como si quisieran liberarlos de sus males. O prestar atención al cuidado que ellos ponen en las relaciones con los demás, en procurar vivir bien entre seres humanos, como si de una verdadera ética de la vida se tratase.

Otro criterio válido de discernimiento es el de la “inculturación”, ya que las formas de catolicismo popular suelen ser «resultado de una evangelización inculturada»⁶. En las manifestaciones de religiosidad popular

⁴ CODINA, V., *Una Iglesia nazarena*, Santander 2010, p. 90.

⁵ IRARRAZAVAL, D., *l.c.*, pp. 306-315.

⁶ MALDONADO, L., *Para comprender el catolicismo popular*, Estella (Navarra) 1990, pp. 19 y 23.

es dado apreciar esa inculturación “desde abajo”, por ejemplo, en el modo de organizar sus festejos, en los que comparten juntos alimentos y alegría; o también en el uso cuasi sagrado de ciertos elementos cósmicos (agua bendita, veneración de la tierra, ritos cíclicos, vivencias sagradas, etc.) en las que aparecen reflejados muchos de esos rasgos inculturados.

Por fin, el criterio de “ecumenismo” lleva a fijarse, no tanto en las diferencias de tal o cual creencia o en el rechazo de agrupaciones tenidas por sectarias, sino a tomar en cuenta lo que puede haber de convergente y de común entre todas ellas, como por ejemplo, la sensibilidad ante el dolor del pueblo, la postura y reacción crítica ante las injusticias, o la búsqueda de la paz querida por Dios.

c) Otro paso conducente a la evangelización de la religiosidad popular es el de *protegerla*, cuidarla y cultivarla con esmero. No sólo para inmunizarla de la ola de secularismo que se expande por doquier, sino para liberarla también de posibles manipulaciones e indebidas utilidades por parte de las estructuras dominantes. Y sobre todo para salvaguardar en ella el trasfondo bíblico, en el sentido de que muchas de las expresiones de piedad popular conectan con determinados pasajes de la Biblia relativos a fiestas, celebraciones, peregrinaciones, fidelidad a Dios y confianza en él, etc. Muchos textos bíblicos tienen indudablemente el sabor de la fe popular. Y otros guardan de manera eminente una referencia al comportamiento de Jesús de Nazaret que supo compartir las manifestaciones religiosas con el pueblo y, más aún, alabó la fe de los sencillos y la sabiduría que Dios les había revelado (Mt 11,25; Lc 10,21)⁷.

d) El propósito evangelizador de la religiosidad popular requiere todavía un paso más y es el de *promoverla*. Tratándose como se trata de un «precioso tesoro que la Iglesia aprecia y valora» (Benedicto XVI), es preciso seguir impulsándola, animándola y estimulándola. Y esto por varias razones. En primer lugar, «por la fuerza evangelizadora que las expresiones religiosas populares poseen» (DP 467). Además, porque la

⁷ IRARRAZAVAL, D., «Religión popular», en *Mysterium Liberationis*, II, Madrid 1990, pp. 360-363.

piedad popular es un «imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda» (DA 262)⁸. Y, en suma, porque «la religiosidad popular es una manera legítima de vivir la fe» (DA 264).

A lo anteriormente dicho cabe añadir una serie de valores que perviven en la religión del pueblo y que no conviene dejar que se pierdan, como son: el hecho de expresar la eclesialidad de forma comunitaria y local, el sentido de gratuidad con que el pueblo percibe la salvación como recibida de Otro, el aprecio de la tradición como herencia transmitida, como auténticos legados comunitarios, el modo cariñoso y afectivo con que Dios, la Virgen María, los santos son invocados (“diosito”, “mami-ta”...), la especial sensibilidad con que Dios es visualizado en espacios, tiempos, existencias concretas de creyentes, etc. Estos y otros varios aspectos valiosos conviene que sigan impregnando la religiosidad vivida y sentida por el pueblo.

e) En ocasiones será preciso, como paso inherente al proceso mismo de evangelización de la religiosidad popular, *purificarla* de las posibles limitaciones y desviaciones en las que llegue a incurrir (SD 36). No es para sorprenderse que el pueblo sencillo, propenso a veces «a la superstición, a la magia, al fatalismo o al ritualismo» (DP 456) e influenciado por el ambiente y las costumbres, llegue a caer en expresiones deformadas de la religión. O que, carente de la debida orientación cristiana y de la necesaria catequesis formativa, sus manifestaciones religiosas «se queden simplemente en manifestaciones culturales» (EN 48) o en mero folklore.

Por eso se recomienda vivamente la tarea de «evangelizar y catequizar adecuadamente a las grandes mayorías que han sido bautizadas y viven un catolicismo popular debilitado» (DP 461) y de «desarrollar una mística de servicio evangelizador de la religión del pueblo» por parte de los más concienciados, a los que se pide que «asuman el espíritu del pueblo, lo purifiquen, lo aquilaten y lo encarnen en forma preclara» (DP 462).

⁸ Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, n. 64.

«Cuando afirmamos que hay que evangelizarla o purificarla, no queremos decir que esté privada de riqueza evangélica. Simplemente deseamos que todos los miembros del pueblo fiel, reconociendo el testimonio de María y también de los santos, traten de imitarles cada día más. Así procurarán un contacto más directo con la Biblia y una mayor participación en los sacramentos, llegarán a disfrutar de la celebración dominical de la Eucaristía, y vivirán mejor todavía el servicio del amor solidario. Por este camino, se podrá aprovechar todavía más el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular» (DA 262).

f) El conjunto de pasos indicados puede resumirse diciendo que el deber prioritario de evangelizar la religiosidad popular consiste en *autenticarla*.

Autenticar quiere decir reconocer su peculiaridad, la multiplicidad y riqueza de sus formas de expresión y de sus gestos, su marca de originalidad y de espontaneidad y el modo como la gente sencilla suele traslucir con naturalidad sus sentimientos y vivencias religiosas. Autenticar significa, por tanto, apreciar la sabiduría de los pobres y de los humildes, valorar el acervo de ritos, de tradiciones y de familiaridad con lo sagrado que posee el pueblo.

Y puesto que las expresiones religiosas populares no siempre dan la medida de lo perfecto, autenticar implica por otra parte tratar de encauzar y de resituar buena parte de ese caudal de religiosidad espontánea. Primero, en el marco de una fe sencilla, a la vez firme y confiada, en el Dios Padre-Madre que libera y que salva. Luego, en el reconocimiento de la gran mediación de Jesucristo en quien quedan asumidas y purificadas las pequeñas mediaciones a las que se ha ido acostumbrando el pueblo fiel. Y por último, en el vínculo comunional con la Iglesia de la que proviene toda la fuerza y el poder sacramental que el Señor le ha confiado.

Así es como la religiosidad popular, convenientemente autenticada, podrá constituir para la Iglesia una herencia cuasi sagrada del pasado y un filón rico en posibilidades de expresar la fe con naturalidad y sencillez en el presente.

3. CONCLUSIÓN

La solicitud pastoral que la Iglesia universal y la latinoamericana en particular viene mostrando últimamente por la religiosidad popular bien pudiera ser vista como un fruto y una consecuencia de su «opción preferencial por los pobres» (DP 382; SD 296; DA 391). Es del todo lógico que en la medida en que los pobres son tomados en consideración y son reconocidos como “lugar teológico”, resulta más fácil apreciar las valiosas aportaciones que en su pequeñez y sencillez ellos hacen a la comunidad eclesial, en el sentido de que también ellos, como Cristo Jesús, son capaces de enriquecer con su pobreza (2 Cor 8,9). Prestar atención preferente a los pobres y servirlos como al mismo Cristo (LG 8) es recibir de ellos la autenticidad del Evangelio.

De ahí que el empeño por evangelizarlos, y más concretamente por evangelizar su religiosidad popular, ha de ser visto como un verdadero ejercicio de *interactuación*. La Iglesia trata de evangelizar la religiosidad que vive el pueblo, pero al mismo tiempo ha de dejarse evangelizar por ella. De igual modo que los pobres reciben la evangelización y que también ellos evangelizan. Y así es como en la opción preferencial por ellos la Iglesia cumple admirablemente con su misión: «Ella existe para evangelizar» (EN 14) y ella «tiene necesidad de ser siempre evangelizada» (EN 15).